**PRESENTACIÓN DE LA JORNADA SOBRE LA ENCÍCLICA**

***LAUDATO SI. SOBRE EL CUIDADO DE LA CASA COMÚN***

 Ac. Pedro Luis Barcia

 Hoy y aquí practicamos uno de los rituales más gratos de la cultura letrada: varios hombres en torno de un texto, semánticamante denso y significativo, haciendo calas en él y expresando sus interpretaciones. Todo comentario supone lo que el vocablo dice, *co-mentar*, esto es “mentar juntamente”, acompañandolo al texto. El texto, tejido arduo y complejo con muchos hilos, va dejando entrever su dibujo, se esclarecen las figuras que contiene, se distinguen en él los hilos centrales y los menudos, se muestran las articulaciones de trenzado, etc. La tarea de explicación, esto es, de desarrollo de lo que está plegado, de lo que supone, o pone por debajo y hay que sotoleer, es enriquecedora y milenaria tarea humana.

 Los grandes textos de la humanidad son abordados por las oleadas de generaciones sin que se agoten. Lo interesante es que un texto sea abordado desde ángulos e intrereses diferentes, propios de los diversos intelectuales que lo abordan. El acto al que damos comienzo hoy es una muestra de cómo nuestra Academia, integrada por personas de distintos enfoques y especialidades, concurre armónicamente en una tarea de esclarecimiento.

 Desde hace un par de décadas se ha empezado a hablar de *Planeta casa*, de mMundo casa, o, como dicen Edgar Morin y Anne Brigitte Kern, titularmente en su libro, *Tierra patria* (1993),[[1]](#footnote-1) entendiendo por Tierra nuestro globo y no el sitio acotado en que nacimos. La enmc´ñ{iclica dice “El planeta como patria”

 Morin convocaba hace una década a asumir una conciencia planetaria y movernos con politicas totalizadoras, no totalitarias: “Ya no para dominar la Tierra, sino ´para cuidar la Tierra enferma, y vivirla, ordenarla y cuiltivarla” (p. 213). Incluso, el autor, despegado de lo teológico, habla de un “evangelio de la fraternidad” que se deberá sostenerse con un sentido *religioso*, es decir de religamiento en todos los planos de lo dado. La obra de Morin constituye el mayor preludio laico a *Laudato si*. Diría que esta encíclica asume esa imagen y esas preocupoaciones y las bautiza, como decía Chesterton que hizo san Agustín con Platón y santo Tomás con Aristóteles. La cristianización de la imagen de la casa común, el Papa la sella y concreta con tres conceptos articulados: primero, el mundo y sus realidades, son creación divina; segundo, por el Padre común, la fraternidad es la *callida iuncutura* que nos liga y, tercero, la responsabilidad del hombre frente al resto de sus hermanos y hermanas para salvaguradra la armonía. La responsabilidad, destaquemos, en la doble acepción que conlleva la palabra: hacerse cargo de los actos y dichos propios y, la segunda, tanto o más importante que la primera, pero no siempre recordado en su verbo latino original: buscar respuestas a los problemas que enfrentamos y padecemos, frente a lo que dice Francisco: “Tenemos demasiados medios para unos escasos y raquíticos fines” (203)

 Desde que el Papa adopta el nombre del Poverello, asume toda una perspectiva particular sobre las realidades, que ha mantenido en los mensajes de su pontificado. Incluso, cumpliendo la curiosa pero profunda recomendación en la regla segunda franciscana: “Predicar con el ejemplo y, de ser necesario con la palabra”. Señalamiento tan oportuno para los palabristas argentinos: la elocuencia muda del ejemplo.

 La imagología hallaría en esta encíciclica un rico venero de aplicación. La imagen de la casa en riesgo y del necesraio esfuerzo del hombre para sostenerla, ya estaba anticipada en otra casa, la del sueño del papa Inocencio III, cuando, vió la casa de la iglesia de Letrán, vacilar en sus cimientos y requebrajarse, y la providencial acción de un hombre esmirriado y débil en apariencia, que la sostiene y ayuda a restaurarla, respondiendo a la voz que le dice: “Francisco, repara mi casa, que se hunde”.

 Restauró una vasta casa, la Iglesia, con su prédica ejemplar y motivo a mantener la otra casa, la del mundo, en orden y paz. Su *Cántico de las creaturas*, es una lección plena, desde las circunstancias en que lo compuso: yacente, postrado en medio de un sostenido sufrimiento físico, en la casucha del jardín de San Damián, alzó su voz celebrante de las realidades de la creación, desde el lecho padeciente en que estaba.

 Alabado seas, mi Señor,

con todas tus creaturas,

especialmemnte el hermano sol,

por quien nos das el día y nos iluminas.

Y es bello y radiante con gran esplendor,

de ti, Altísimo, lleva significación.

Alabado seas, mi Señor

por la hermana luna y las estrellas.

en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas.

Alabado seas, mi Señor,

por el hermano viento

y por el aire y la nube y el cielo sereno,

y todo tiempo,

por todos ellos a tus creaturas das sutento.

Alabado seas, mi Señor, por la hermana agua,

la cual es muy humilde y preciosa y casta.

Alabado seas, mi Señor, por el hermano fuego,

por el cual iluminas la noche,

y es bello y alegre y vogoroso y fuerte.[[2]](#footnote-2)

 La rica aplicación de la voz “ecología”, que la encíclica va ampliando en un campo semántico aroborescente, es estimulante. El Papa habla de ecologia politica, económica, con sus modelos de producción y las formas del consumo; de ecología ambiental, de la vida cotidiana, educativa, ciudadana, en fin, en todos los campos de lo humano: el cambio climático, la cultuyra del descarte, el clima como bien común, el efecto invernadero, el agua disponible, la pérdida de la biuodiversidad, el deterioro de la calida de vida, la degradación social, la necesaaria atención a los contextos, y un largo etcétera, que se cifran en la adjetivación que la califica en su propuesta “una ecología *integral*”, que es una totalidad compleja y no exclusiva de expertos (“Prólogo”). Y con un señalamiento iterativo: “El ambiente humano y el ambiente natural, se degradan juntos” (V,48). “La raíz humana de la crisis ecológica” (101). Y, estribando en esto, retoma el testimonio de posta de Juan Pablo II que nos hablaba de la necesaria “conversión ecológica global”, para preservar el destino común de los bienes, dearrollando una cultura ecológica. “No hay ecologia sin una educación antropológica” (118) y, abriéndose a la otra dimensión:“ superando el asfixiante encierro de la inmanencia” (118)

 Dice el *Talmud* que Dios es autor de dos libros: la *Biblia* y la Creación, y este segundo texto lo destaca san Francisco. Hoy, entre tantas alfabetizaciones necesarias, dedebemos darle prelación a la alfabetización lectora del mundo y de sus signos, como semiólogos atentos. Nos lo señaló el evangelista: “Cuando la higuera comienza a largar brotes, está cerca el verano…”

 El respeto por la diversidad y sus derechos, que atraviesa este texto encíclico, ya estaba encarnado –como lo señalamos en nuestro trabajo *El pensamiento educativo del papa Francisco*-[[3]](#footnote-3) en su magisterio durante su cardenalato. El entonces cadernal Bergoglio manejó con acierto de imagen pedagógica de la contraposición entre la esfera de la globalización, en la que no hay sino uniformidad y sometimiento a una forma que todo lo iguala sin diferenciaciones, y la imagen del poliedro que proponía el prelado –y luego retoma y retrae en su exhortación apostolica *Evangelii gaudium.* El poliedro integra en sí la diversidad de las culturas pero en él cada una mantiene su escaque y su terreno, preserva en la armonia de la convivencia, su identidad cultural diferenciada y reconocible. Es una lección de geometría iluminadora.[[4]](#footnote-4)

 San Efrén decía –a propósito de las Sagradas Escrituras, *servata distantia*- que cada uno saca del pozo según el tamaño e índole del recipiente con que acude a él: quienes un dedal, quienes un cubo. Tenemos suerte esta tarde, los colegas que se conciertan para extraer agua de la encíciclica papal, *Laudato si*, disponen de capacidad tonelera, dada su naturaleza intelectual. Con ellos aseguramos el fondeo, la glosa y la explayación textual.

 A diferencia de lo que amonesta san Francisco, en el capítulo tercero de la *Regla de los hermanos menores*, de dejar en la puerta del convento las cargas de erudición y libros al entrar al claustro, hoy les pedimos a nuestros colegas que hagan jugar, puestas al servicio de una s{olida interpretación, todos sus muchos y diferenciados saberes. Y que no se cumpla aquí la sentencia de Lope de Ayala: “Por nuestras mañlas glosas, ellos niegan el texto”. Gracias por sus aportes conjugados.

1. Morin, Edfgard y Anne.Brigitte Kern. *Tierra patria*. (1993) Buenos Aires, Nueva Vision, 2006, [↑](#footnote-ref-1)
2. Es una pena que el DiLe (Diccionario de la Real Academia Espaola) haya empobrecido la diferente designación diferenciadora entre “creatura” y “criatura”, refiriendo el primer término al segundo. Yo abogo porque la voz latina *creatura* debe mantenerse en castellano en esa forma que define una realidad creada, que no existe por sí misma, sino que supone un creador. En tanto “criatura”, es la que debe ser criada, alimentada, porque está desprotegida por su edad, y que el diccionario la define: 1. Niño de corta edad.2. feto. 3. Persona adulta que deja ver la imngenuidad e inexpoeriencvia propias de un niño Verifique cómo el sistema autoomático de corrección del *word*, le marca en rojo “creatura”. Es una pérdida que empobrece los matices , que son esenciales. [↑](#footnote-ref-2)
3. Barcia, Pedro Luis. “El pensamiento educativo del papa Francisco”, en *BANE*, Buenos Aires, Academia Nacional de Educación, diciembre de 2014, n° 96-97, pp.113-144. [↑](#footnote-ref-3)
4. El Papa sabe la verdad de la afirmnsación de santo Tomá de Aquino: “El estado actual de nuestro intelecto nos hace entender las ideas más por imágenes que por conceptos”. El mantecedente es Séneca: “Largo es el camino de los conceptos, breve el de los ejemplos”. [↑](#footnote-ref-4)